

Presentación

Sebastián Pineda Buitrago y José Sánchez Carbó

Historia de un libro y de un posgrado

Entre 2016 y 2017, en la Universidad Iberoamericana Puebla, un grupo de profesores nos dimos a la tarea de diseñar un innovador posgrado en literatura.¹ No quisimos adjetivarlo bajo la condición geográfica en el que ya de facto nos encontrábamos (*literatura mexicana* o *latinoamericana*), sino buscar otro adjetivo que arrojara una idea más amplia de literatura y que, en consecuencia, atrajera a un público más diverso o multidisciplinario proveniente de las ciencias sociales, de la comunicación y hasta de las ciencias puras. En busca de un adjetivo dimos con el concepto de «literatura aplicada». El verbo “aplicar”, usado en intransitivo pronominal, significa *aplicarse* a leer obras difíciles, a comprobar que sí se lee y a habituarse al conocimiento del contexto histórico que acarrea toda interpretación y comprensión de una obra literaria. La poética y la retórica, o dicho más *modernamente*, la creación de un discurso verbal en cualquier género y materia, por un lado, y la crítica literaria o textual de tal discurso verbal, por el otro, constituyen la base de las Ciencias Sociales y Humanas.

Hasta 2018 el campo de las escrituras creativas, con excepción de un par de licenciaturas y de una maestría en una casa de estudios, estaba rezagado a talleres o diplomados dentro de las grandes universidades mexicanas. Dicho de otra manera, las escrituras creativas no habían

¹ En el diseño del posgrado colaboraron un conjunto de colegas de la Universidad Iberoamericana Puebla: José Sánchez Carbó, Sebastián Pineda Buitrago, Jorge Basaldúa Silva y Noé Castillo Alarcón.

alcanzado el estatus de posgrado en México, ni muchos menos la legitimación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México, el famoso CONACyT, en el anterior Padrón Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC). Haber obtenido este reconocimiento en 2018 certificó la originalidad de nuestra propuesta y, desde luego, nos llevó a la necesidad de reflexionar sobre las posibilidades epistémicas. En buena parte, sin que la totalidad de quienes escriben los capítulos de este libro hayan participado directamente en nuestro posgrado, pero desde sus respectivas experiencias docentes e investigativas, el libro *Literatura aplicada en el siglo XXI: ideas y prácticas* es el resultado de una invitación y de un esfuerzo para reflexionar sobre las posibilidades epistémicas del fenómeno literario como creación, recreación y programación.

Asumimos que la discusión literaria en el siglo XXI ya no debería situarse en la metodología hegemónica del canon nacionalista o de identidad geográfica (literatura europea o latinoamericana). Por lo tanto, la invitación inicial consistió en convocar capítulos que naturalmente hicieran referencia a autores y obras del siglo XX y aun de otras centurias, pero con la intención de reflexionar sobre su aplicación en lo que va corrido del siglo XXI. Nos preguntamos si el binomio clásico de *estudiar/aprender* ha perdido su sentido en la era de la tecnificación cibernética, es decir, de la inteligencia artificial y de la paulatina robotización del mundo. Puesto que los algoritmos ya leen y escriben automáticamente, y son capaces de combinaciones y hasta de generar “narrativas”, nos pareció necesaria una mayor sensibilización de la palabra consciente. Una reflexión de la educación poética para diferenciarnos de las máquinas y también para entender su funcionamiento, así como reestablecer la reflexión o diálogo de los creadores con los críticos, y de los promotores de lectura con los teóricos de la lectura. Tal restablecimiento debería ser el desafío de los estudios literarios (*universitariamente* entendidos) en lo que resta del siglo XXI.

Para empezar, hemos de puntualizar que el concepto de «literatura aplicada» lo encontramos insinuado en *El deslinde*, la teoría literaria del pensador mexicano Alfonso Reyes (1889-1959), publicada en 1944. Para entonces, Reyes buscaba justificar académica y socialmente el

aprendizaje y la enseñanza de la literatura en un nivel superior. Más exactamente, buscaba justificar la institucionalización de la literatura como profesión en El Colegio de México. Es cierto que en 1947 se fundó allí el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, pero todo parece indicar que Reyes no pensó la literatura como una «función especial del lenguaje» (Jakobson) ni consecuentemente hermanada con la lingüística; la pensó como un campo heterogéneo en virtud de los préstamos permanentes con la Historia y con la Ciencia, y de ahí el concepto de «literatura aplicada» o *literatura mixta* que incorpora los géneros ensayísticos extensivos a la historiografía y a la divulgación científica (los artículos o *papers* de toda índole), siempre y cuando aspiren a una redacción *artísticamente* elaborada, para que la transmisión del conocimiento goce de mayor emoción o calidez humana. Pero el concepto de «literatura aplicada» no tuvo cabida en los departamentos de literatura, entonces cada vez más subyugados por el formalismo y el estructuralismo de la lingüística más científicista. Para octubre de 2016, en su columna habitual de *Letras Libres*, el novelista mexicano Enrique Serna reprochó la rigidez de los programas de literatura en México, sometidos a la “tecnocracia universitaria”, y lamentó que el término amonedado por Reyes no se aplicara en ninguna universidad mexicana.

Preguntémosnos si el hecho de que un campo del conocimiento sea «aplicado» remite al sentido de eficiencia y pragmatismo de las ciencias puras (matemáticas o física puras) en alusión al servicio o aplicación que puedan prestar al ámbito industrial o empresarial. Plantear tal cosa para literatura no debería verse como una transgresión a su naturaleza. La «literatura aplicada» funciona entre los mejores divulgadores de la ciencia y de disciplinas sociales conceptualmente difíciles. Piénsese en Carl Sagan, cuyo famoso *Cosmos* (1980) fue tanto un programa de televisión como un libro bellamente escrito que alcanzó ventas millonarias. ¿Hay una «literatura pura» y otra «literatura aplicada»? Sin extrapolar la metodología de las ciencias fisicomatemáticas, ¿no urge dinamizar y explorar mucho mejor el campo excepcionalmente multidisciplinario de la literatura? Si, debido a la pretendida objetividad científicista, el sujeto que investiga o se documenta suele

desaparecer de su campo de investigación o documentación, ¿no valdría la pena invertir tal metodología? Es decir, y por acudir a una metáfora de las artes plásticas, permitir que el pintor se meta en el cuadro que pinta como Velázquez en *Las meninas*. En otras palabras, incorporar los testimonios de vida, las bitácoras de viaje y otros rasgos si se quiere más *creativos* (no necesariamente fantásticos o ficcionales) que acarrea toda actividad profesional o investigativa. Además, como veremos, el concepto de «literatura aplicada» es extensible a la mediación e intervención de la lectoescritura.

Problemas y propuestas de «aplicación» literaria

Nuestro libro se abre con tres capítulos introductorios. El de Sebastián Pineda Buitrago, “Las «escrituras creativas» como profesión: historia y problemas”, plantea el problema de las «escrituras creativas» en el sentido académico, es decir, más allá de la impartición de talleres y como una posibilidad epistémica de altos estudios. Sin ser necesariamente desinteresados, los programas en Escrituras Creativas desacreditan la vieja idea romántica del “genio” (del escritor que nace y no se hace) y despojan de una carga de negatividad social a la figura del escritor al convertirlo en un sujeto más práctico (en un creador a la vez editor-mediador-profesor) a la luz de la positividad burguesa. El capítulo también rastrea la profesionalización del escritor en México mediante la institucionalización del Centro Mexicano de Escritores, donde Juan Rulfo tuvo la oportunidad de pulir sus libros principales.

El artículo de Sánchez Carbó, “Literatura aplicada: creación, mediación e interpretación”, constata que la literatura aplicada en Latinoamérica ha desempeñado una importante función en distintos niveles y ocupado muchas veces el lugar de disciplinas históricas, antropológicas, sociológicas o filosóficas poco desarrolladas en nuestras universidades durante los siglos XIX y buena parte del XX. En otras palabras, en la especialización excesiva del positivismo cientificista, el discurso literario rompió –y lo sigue haciendo– el cerco cerrado de varias disciplinas de las ciencias sociales. En su afán por simpatizar

con todos los personajes, por ejemplo, el novelista está en la posibilidad cognitiva, crítica e interpretativa de asumir varios tipos de discurso y de voces. A través de un recorrido riguroso por varias propuestas teóricas, Sánchez Carbó confirma que el eclecticismo es la clave de la teoría y la mediación literarias.

El capítulo de Jonatan Moncayo Ramírez, “Bibliotecas patrimoniales e históricas de la ciudad de Puebla: reflexiones y propuestas para su divulgación”, asegura precisamente una aplicación concreta del discurso literario en nuestra *ecología*, esto es, en una de las regiones mexicanas más ricas en cultura libresco desde la época colonial. El artículo de Moncayo Ramírez sorprende por la relación entre el libro y el objeto museístico, por relacionar a ambos como objetos portátiles, capaces del *translatio studii* o del *traslatio imperii*, esto es, de la transferencia del poder y saber europeos al ámbito virreinal de la antigua Nueva España y el México moderno, cuya población hispanohablante sigue exigiendo una alta conciencia histórica (que sólo se adquiere leyendo) y reclamando un liderazgo (por momentos perdido) en el acceso al libro y a la biblioteca. Pues la práctica literaria no puede desacostumbrarse de tratar con el libro físico, de manosear manuscritos o desempolvar antiguos infolios olvidados. Decía Vasconcelos que la biblioteca complementa a la escuela, en varios casos la sustituye y en todos los casos la supera.

La invitación de Friedrich Kittler: la literatura como «medio»

El habitante de la llamada «aldea global» (así datada por Marshall McLuhan en *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man* en 1962), ya no es exactamente un sujeto global o cosmopolita, sino un sujeto digital. El teclado incorporado al teléfono móvil, al celular, supone hasta cierto punto un ciudadano alfabetizado. Pero de esta suposición no hay que descartar la sospecha de una alfabetización maltrecha o lo que se ha dado en llamar «analfabetismo funcional». Si ya es lamentable ignorar el interior del medio digital (interior oculto bajo

una cubierta de plásticos, circuitos y *chips* y cuyas instrucciones sólo están en manos de un ingeniero de sistemas), mucho más lo es carecer de intereses intelectuales o artísticos para no naufragar en el contenido (¿cotilleo, chismografía?) de las redes sociales.

Almacenada, procesada y difundida por máquinas de inteligencia artificial, cuyos algoritmos determinan los gustos y las tendencias para el éxito comercial, ¿cómo distinguir la escritura literaria de la escritura automática o meramente textual? Si se quiere realmente *humanizar* la obra de arte en la era de la reproducción algorítmica, por parafrasear el famoso título de Walter Benjamin, conviene rodearse de una gran riqueza léxica y hacerse más o menos erudito (ambas cosas van de la mano) en un *ars combinatoria* que lo mismo abreve en el diccionario que en el activismo del trabajo de campo, es decir, en la realidad empírica y en la virtual. Pues el desafío que plantea la era digital para los estudios literarios consiste en asumir un tipo de *crítica* que reflexione sobre los medios técnicos que hacen posible y legitiman una *literatura*.

En tal tónica se inscriben tres de los capítulos reunidos: el de Matei Chihaia, el de Naím Garnica y el de Diana Hernández Suárez. En menor o mayor grado, ellos toman como referencia al teórico alemán Friedrich Kittler (1942-2011), cuyos estudios mediales abrieron nuevas perspectivas de interpretación y creación literarias. En particular, el capítulo de Matei Chihaia explora la interesante influencia que Kittler recibe de Borges al formular una teoría literaria post-hermenéutica. Las ficciones y los juegos referenciales de Borges, el *ars combinatoria* en todo su esplendor, llevan a Kittler a considerar al escritor argentino como un precursor de la era digital que propicia una forma de fusión entre el crítico y la obra. Para Kittler, según Chihaia, “el porvenir de la crítica no es la interpretación, sino la programación”. Si la etimología del verbo programar (cuestión central en la computación) viene del prefijo griego *pro-* ‘antes de’ y de *graphein* ‘escribir’, entonces reprogramar algo significaría también recrearlo, es decir, volver a crearlo añadiéndole otras variaciones al tema discursivo. Otra cuestión, aunque no explorada aquí, pudiera relacionarse con la «literatura aplicada»: la programación neurolingüística.

En esta misma estela, por otra parte, navega el capítulo de Naím Garnica, “Literatura, romanticismo y teoría kittlereana de los medios. La novela romántica como flujo de información”. A partir un ensayo del teórico alemán, “Hardware, el ser desconocido” (1998), Garnica reafirma la crítica de Kittler contra la hermenéutica gadameriana. Si el lenguaje computacional ya resulta capaz de codificar la información de cualquier lenguaje natural a través de inscripciones que consumen silicio por medio de rayos de electrones litográficos, y si ya ellos mismos son capaces de leer y escribir, conviene explorar una arqueología de los medios durante el Romanticismo alemán. El espíritu (*Geist* en alemán), en tal caso, sería el llamado *software*, mientras el *hardware romántico* equivaldría al “contexto histórico de tecnologías como la alfabetización, el sistema escolar, los libros y las bibliotecas” (p. 108), es decir, a los medios técnicos disponibles en el siglo XIX para la consolidación de los modernos Estados nacionales.

De una manera más particularista, el capítulo de Diana Hernández Suárez, “La tecnoestética en *Temporada de huracanes*, de Fernanda Melchor”, eleva a discusión filosófica el argumento de esta novela mexicana reciente, cuya autora, Fernanda Melchor, ha sido profesora de nuestra Maestría en Literatura Aplicada. El capítulo de Hernández Suárez se pregunta por la materialidad del lenguaje en las llamadas *Geisteswissenschaften* (ciencias del espíritu), planteando, basada en Kittler, la posibilidad de leer *Temporada de huracanes* como una relación entre flujos visuales y textuales por la superposición de imágenes y escenas sobrepuestas y confundidas que recuerdan las sesiones de psicoterapia, el chisme de la tradición oral y la visión producida por la aceleración de autopistas y carreteras.

Nuevas propuestas de interpretación del objeto literario

El capítulo de Joseba Buj, “Asedios al objeto artístico/literario, desde una lectura posthermenéutica y postdeconstructivista del marxismo occidental”, da cuenta de una crisis de la hermenéutica, es decir, de

la interpretación y de la crítica literarias. En parte, Joseba Buj observa este problema en cierto marxismo dogmático que se propuso ver en la literatura un residuo de otros discursos (el económico, el político) más poderosos. No obstante, si se invierte la pirámide, el discurso literario constituye la base de las ciencias sociales y humanas en la medida en que asegura el objetivo verba como eje de cualquier epistemología. Además, en el carácter fundacional de la literatura latinoamericana, Joseba Buj insiste en un enfático posicionamiento en favor de lo lógico/jurídico que, según él, “posibilita el contradictorio reconocimiento de la autonomía retórico/literaria como, a su vez, discurso paralelamente ‘fundacional’” (p. 141, nota 10). Buj opta por hacer pervivir cierta huella liminar de lo jurídico (así notable en la sintaxis rebuscada y el tono artificioso) que da noticia, a su juicio, “de este ‘campo de fuerzas’ retórico/afectivo latinoamericano que tanta injerencia vital ha tenido en mi desarrollo personal y epistemológico” (p. 141, nota 10).

Adela Pineda Franco titula su capítulo “Lo siniestro en la era de las consolidaciones anímicas”. En él, interpreta agudamente la colección de relatos de 2019 de Yuri Herrera, *Diez planetas*, señalando la intertextualidad con el desenlace del cuento “Casa tomada”, de Cortázar, para replantear el impacto por el cambio en nuestra relación con el espacio y el tiempo. A propósito de *Diez planetas*, pues, Pineda Franco reflexiona sobre “el contexto mundial de los rápidos avances tecnológicos de la era digital y de la crisis perpetua que subyace a la globalización económica que ha desplazado el papel de la literatura y su corpus crítico como discurso intérprete de la historia e identidad latinoamericanas” (p. 164). Para Pineda Franco, las críticas al pensamiento humanista occidental centrado en el Hombre como emblema de la humanidad, y aquellas que cuestionan la jerarquía de las especies desde una perspectiva de justicia ecológica, es algo que debería estar cada vez más presente en las ideas y prácticas de la literatura en el siglo XXI.

Por su parte, el capítulo de Federico Guzmán Rubio, “Peligros, fragmentariedad y primera persona en la crónica latinoamericana contemporánea: *Huaco retrato*, de Gabriela Wiener”, además de asumir la literatura de viajes, llama mucho la atención al abordar la crónica

como un archivo de los “peligros” de la nueva experiencia urbana; una puesta en orden de la cotidianidad aún “inclasificada” por los saberes instituidos. Basado en el ensayista puertorriqueño Julio Ramos, a su vez influido por los pasajes de Benjamin sobre París y Baudelaire, Guzmán Rubio aplica para *Huaco retrato*, de la escritora peruana Gabriela Wiener, una metodología similar. Pues la crónica de Wiener se desarrolla en París y tiene que ver con una denuncia al colonialismo moderno, a la «violencia epistémica» de la pseudoarqueología, ese disfraz del pillaje y el extractivismo. El que una crónica de 2010 aún puede dialogar con las del modernismo del fin de siglo XIX, para Guzmán Rubio, confirma la posibilidad de subvertir los “saberes instituidos”.

Gerardo Castillo-Carrillo en “Polifonía y autoficción en la novela mexicana sobre el narcotráfico: *Contrabando*, de Víctor Hugo Rascón Banda” transita territorios por demás conocidos por él. Castillo-Carrillo, investigador y profesor de la maestría en Literatura Aplicada, en esta oportunidad analiza cómo la incorporación de estrategias autoficcionales y polifónicas en la novela de Rascón Banda, además de resultar innovadoras en su momento, también contribuyen a exponer los efectos y el poder del narcotráfico en ámbitos locales, cotidianos y personales ante la presencia de un Estado corrupto e ineficaz para procurar la seguridad y la justicia. Ante una estandarización de la representación del narco en la literatura, *Contrabando* resulta una novela que recusa esta tendencia.

Para terminar

En síntesis, en un mundo en que cada vez lo virtual se acerca a lo real, la literatura aplicada contribuye precisamente a desentrañar mejor ese acercamiento. Todo lo que puede ser mentado en palabras existe de alguna manera, decía el presocrático Heráclito hace dos mil años. Luego, todo lo que leemos, sabiéndolo decantar con la criba de la crítica, puede aplicarse realmente. Deleitar más que convencer. No es otro nuestro propósito.